

DESCUBRIENDO LA CIUDAD (III). LA ARQUITECTURA MALAGUEÑA SEGÚN LOS VIAJEROS EXTRANJEROS DEL SIGLO XIX: LOS RESTOS MUSULMANES*.

FRANCISCO GARCÍA GÓMEZ

RESUMEN

Este tercer trabajo sobre la arquitectura malagueña y los viajeros del siglo XIX está dedicado a la visión que ofrecen de los restos de nuestro pasado musulmán. De entre tales ruinas, son las del castillo de Gibralfaro las que acaparan su mayor atención, por motivos tanto artísticos como históricos y paisajísticos. Aunque en menor medida, Alcazaba y Atarazanas son también otros lugares de interés para unos extranjeros siempre atraídos por el mito romántico del exotismo.

ABSTRACT

This third work on the Malaga architecture and the nineteenth century travelers is dedicated to the vision that they offer about the remnants of our Muslim past. From among such ruins are the ones of Gibralfaro Castle which attract more attention due to its artistic, historic and scenery motives. Although in a lower level, Alcazaba and Atarazanas are also other places of interest for those foreigners always attracted by the romantic myth of exotismo.

EL MITO DE ORIENTE.

Un mundo de misterio, fantasía, leyendas, pasión, sensualidad, lujo, paraíso, aventura... Éstas y otras muchas ideas son las que acuden a la mente de cualquier viajero romántico del siglo XIX, al pensar en la tierra exótica por excelencia: Oriente. Pocas palabras han despertado tal cúmulo de imágenes y sentimientos como la que encierra a la vez la antítesis y el complemento de la cultura occidental. Y nunca hasta entonces la atracción por lo exótico había dejado una huella tan indeleble en la literatura y en el arte europeos como lo hizo durante el Romanticismo, propiciando el desarrollo de una corriente decimonónica de fuerte personalidad y gran predicamento: el *orientalismo*. Un síntoma de estas novedades lo constituyó el hecho de que el escenario favorito de los viajes cambiara radicalmente de orientación. A partir de la primera

*. Ver las dos primeras partes de esta serie de trabajos sobre Málaga y los viajeros: "Descubriendo la ciudad (I). El urbanismo malagueño según los viajeros extranjeros del siglo XIX", *Baetica* 17, 1995, 7-29 y "Descubriendo la ciudad (II). La arquitectura malagueña según los viajeros extranjeros del siglo XIX: la Catedral", *Baetica* 18, 1996, 7-16.

mitad del XIX, miles de viajeros sustituyeron la clásica racionalidad de los países del *Grand Tour*—salvo Italia, que nunca ha perdido adeptos—, por lugares que ofrecían una intensidad sensitiva mucho mayor. En vez de al Norte y al Centro de Europa, se prefirió mirar al Sur y a Oriente; a las culturas mediterráneas, en definitiva. Las brumas y las montañas dieron paso al sol y a los oasis. El hasta entonces tranquilo hombre europeo, partía rumbo a la aventura en busca del auténtico paraíso perdido, no sin antes sortear en el camino innumerables peligros—reales e inherentes a toda idea de aventura— que excitaban aún más sus sentidos y su imaginación.

Muchos eran los motivos por los que el hombre romántico sentía esa irresistible atracción hacia todo lo oriental. No es éste el lugar para analizarlos en profundidad, si bien diremos que el conocimiento de lo exótico suponía fundamentalmente una huida de un mundo occidental industrializado y autocomplaciente, una búsqueda de culturas *diferentes*, no “contaminadas” por ese progreso, en las que el hombre mantuviera el individualismo perdido en Europa y una intensa relación tanto con su pasado como con la naturaleza. El de Oriente era, por tanto, un mito en el que se fundían las dos principales vertientes de la tan ansiada evasión romántica: refugio en el espacio y en el tiempo. La evasión en el espacio se lograba por medio del viaje. La huida temporal, mediante la rememoración del pasado. Por motivos nacionalistas y estéticos, la Edad Media se convirtió en el período histórico favorito. Y la cultura por excelencia en la que se imbricaban a la perfección lo exótico con lo medieval, era la musulmana. De ahí esa pasión decimonónica por todo lo relacionado con el Islam.

Pero este orientalismo no fue un fenómeno nacido en el XIX: sus raíces, como todas las del Romanticismo, deben rastrearse en el siglo anterior. Ya a partir de mediados del XVIII, movido por la idea de la tolerancia universal y por el desarrollo del historicismo, el hombre ilustrado empieza a interesarse por aquellas culturas diferentes de la occidental. “El concepto de la historia va a surgir así como idea esencial de un cambio de pensamiento progresivo, que dará lugar a la exaltación de la originalidad y la igualdad de todas las civilizaciones y culturas. Esto, unido a la nueva idea de individualidad y del sentimiento, además de las nuevas teorías sobre lo pintoresco y lo sublime, generará una extraordinaria inclinación en toda Europa por el conocimiento de las culturas exóticas, entre las que el islam es, evidentemente, el más importante foco de atención”¹. Sin embargo, la visión que de lo oriental ofrecen los ilustrados y los románticos no es la misma. Como afirma Calvo Serraller, si “para la Ilustración las diferencias constituyen las determinaciones accidentales de una unidad básica, para el romanticismo la identidad radica precisamente en las diferencias”². Aquella valora lo que de común hay entre sendas culturas; éste, lo que tienen de opuesto. Se trata, por tanto, de la distinción básica entre la totalidad/universalidad ilustrada y el individualismo/nacionalismo romántico. Razones que hacen que tampoco sea idéntico el concepto que ambas poéticas tienen del viaje. Los ilustrados lo consideran eminentemente formativo, con un carácter moral y en cierta medida paternalista, que les lleva a buscar en las culturas exóticas aquello en que más se parecen a la occidental,

1. GALÁN, E.V. y HENARES CUÉLLAR, I.: *La imagen romántica del legado andalusí*. Catálogo Exposición. Almuñécar 1995, 31-5.
2. CALVO SERRALLER, F.: *La imagen romántica de España. Arte y arquitectura del siglo XIX*. Madrid 1995, 16.

precisamente para conocerla aún mejor. Los románticos lo entienden, ante todo, como una aventura y una experiencia inolvidable; si bien en todo viaje se aprende, dejan de lado ese carácter didáctico del XVIII para dar rienda suelta a sus sentimientos. Pese a ello, debe valorarse en su justa medida ese primer impulso ilustrado en pos del conocimiento de lo oriental.

Para satisfacer estas ansias exóticas, no era imprescindible desplazarse hasta el Próximo Oriente o el Magreb. En la mismísima Europa existía un país extraño en el que la presencia durante ocho siglos del Islam había dejado una huella impercedera en casi todos los aspectos de su cultura. Ese país no era otro que España y, dentro de él, la región más islamizada era, con mucho, Andalucía, el último reducto europeo de los seguidores de Mahoma. Ya vimos en el primer artículo de esta serie las causas del magnetismo que lo andaluz, y por extensión lo español, ejercían en Europa. Por lo tanto, aquí tan sólo nos referiremos a su trascendental papel en la configuración romántica del mito oriental. Para ello, nuevamente debemos regresar al siglo XVIII, cuando aparecen en los viajeros las primeras muestras del interés por nuestro pasado musulmán. Autores como Richard Twiss, Francis Carter o Henry Swinburne, en las descripciones y láminas que incluyen en sus libros, desdoblaron sus estudios arqueológicos atendiendo tanto a las antigüedades clásicas como a los restos islámicos. Al principio, el interés de los ilustrados es ante todo científico, concediendo escasa importancia a la expresión de sus sentimientos. Pero poco a poco, poéticas como la de las ruinas, lo *pintoresco* o lo *sublime* van confiriendo un enfoque particular a esa atracción, anunciando en gran medida lo que algunos años más tarde sería la visión romántica. Por otra parte, también en el último tercio del siglo XVIII algunos ilustrados españoles empiezan a preocuparse por el conocimiento del legado hispano-musulmán. Las *Antigüedades árabes de España* (1787), magna obra encargada por la Real Academia de San Fernando a artistas tan destacados como José de Hermosilla, Pedro Arnal y Juan de Villanueva, constituye sin duda el ejemplo más importante.

En las primeras décadas del XIX, con el Romanticismo ya plenamente desarrollado en Europa, la rememoración de lo islámico se vuelve subjetiva y apasionada. En estos años resulta fundamental la formulación de lo oriental llevada a cabo en sus ficciones literarias por autores del calibre de Byron, Chateaubriand y, un poco más tarde, Hugo. Los tres estuvieron en España y los tres escribieron sobre ella, contribuyendo poderosamente a la popularización del mito universal de Oriente, si bien, interesados por todo lo exótico, en absoluto lo circunscribieron a lo español. Desde entonces, el estudio erudito pasa a un segundo término, primándose la emoción y el sentimiento elegíaco ante las ruinas de una cultura ya para siempre perdida en Europa. Lo legendario se mezcla con lo real, e incluso lo supera. Pero no sólo se busca lo nostálgico: también interesan la pasión y vitalidad orientales³, cuyos vestigios encuentran en el orgulloso pueblo español, al que consideran descendiente directo de los árabes. De hecho, España se identifica con el Islam.

3. En este sentido, la aportación estética de Delacroix, que supo captar como nadie la energía y la fuerza del Norte de África, tendrá en el terreno pictórico una influencia similar a la de aquellos poetas.

A partir fundamentalmente del fin de la Guerra de la Independencia, cientos de turistas, escritores y artistas, ingleses y franceses en su mayoría, convierten a nuestro país en escala casi imprescindible de sus andanzas por el mundo. Extranjeros “que recorrerán el sur peninsular a la búsqueda del paraíso perdido que ellos reencuentran en la evocación del pasado islámico español”⁴. E incluso hay autores, como Gautier, que sólo se interesan por este fragmento de nuestra historia, obviando por ejemplo la Antigüedad clásica. Ese lugar paradisíaco lo encuentran en tres ciudades andaluzas que se convierten en mitos y metas que cualquier viajero ansía alcanzar: Granada, Sevilla y Córdoba. Pero, sobre todo, esa nostalgia por un mundo perdido se materializa en un monumento que se erige en uno de los hitos fundamentales del orientalismo romántico: la Alhambra. En la configuración de su leyenda intervienen escritores como Washington Irving o Richard Ford, y artistas como David Roberts o John Frederic Lewis. Autores que, al igual que el resto de los mortales, no pueden escapar al irresistible magnetismo de este *palacio encantado*. Su fuerza mítica puede equipararse sin duda a la de conjuntos como las Pirámides de Gizeh, la Acrópolis o el Taj Mahal⁵. Y su influencia en la cultura y, fundamentalmente, en el arte de todo el XIX y parte del XX, en especial del inglés, resulta inmensa: fenómeno que es conocido por *alhambrismo*⁶.

LAS RUINAS MUSULMANAS DE MÁLAGA.

Málaga no podía equipararse a esta tríada fabulosa ni por su historia ni por sus restos islámicos. De ahí que no ilusionase precisamente a esos viajeros románticos ansiosos de admirar en las poblaciones andaluzas los vestigios de su pasado musulmán. En esta ciudad comercial no existía ninguna Alhambra, ninguna Mezquita, ninguna Giralda, ningún edificio con el carácter mítico de esos monumentos. Pero no todo era negativo. Al menos, sí contaba con

4. GALÁN y HENARES CUÉLLAR: *op. cit.* 49-51.
5. Washington Irving, el escritor más íntimamente unido al palacio nazarí, dice en su obra maestra: “Para el viajero imbuido de sentimiento por lo histórico y lo poético, tan inseparablemente unidos en los anales de la romántica España, es la Alhambra objeto de devoción como lo es la Caaba para todos los creyentes musulmanes. ¡Cuántas leyendas y tradiciones, ciertas o fabulosas; cuántas canciones y baladas, árabes y españolas, de amor, de guerra y de lides caballerescas, van unidas a este palacio oriental! Fue la regia morada de los monarcas moros, donde, rodeados del esplendor y refinamiento típicos del lujo asiático, ejercían su dominio sobre lo que ellos consideraban un paraíso terrestre y del que hicieron último baluarte de su imperio en España”. IRVING, W.: *Cuentos de la Alhambra*. (Ed. de Ricardo Villa-Real). Granada 1959, 57.
Pocos años más tarde, Richard Ford escribe en su *Handbook for Travellers in Spain and Readers at Home* (Londres, 1845): “(...) la *Alhambra*, esa palabra mágica que en la mente de los ingleses constituye el resumen y la sustancia de Granada. Para ellos es el primer objeto, el imán, la perla preciosa; es la Acrópolis, el castillo de Windsor de esa ciudad. Pocos *Granadinos* van nunca a visitarla ni comprenden siquiera el interés total, la devoción concentrada que despierta en el forastero. La familiaridad en ellos ha dado lugar al menosprecio con que el beduino contempla las ruinas de Palmira, insensible a su presente belleza tanto como a su pasada poesía y aventura”. FORD, R.: *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa (Reino de Granada)*. Madrid 1980, 101.
6. Sobre la influencia de la Alhambra en la arquitectura y las artes decorativas inglesas del siglo XIX: RAQUEJO, T.: *El palacio encantado. La Alhambra en el arte británico*. Madrid 1990.

algunas ruinas que ofrecer a los visitantes extranjeros, muchos de los cuales no eran demasiado exigentes en materia artística. Y así, aunque de “segunda fila”, Gibralfaro, la Alcazaba y las Atarazanas servían para apaciguar sus ansias arqueológicas y, en el caso del primero, también de sublimidad. De todas formas, estas construcciones no eran tan visitadas como la Catedral, si bien se encontraban tras el templo mayor en cuanto a las preferencias de los viajeros.

Gibralfaro.

De entre estos monumentos árabes, Gibralfaro es sin duda el más visitado durante el XVIII y el XIX. Ante todo, porque es el más visible, el primero en llamar la atención del viajero, tanto si llega por mar como si lo hace por tierra. Hacia esta fortaleza, que en el siglo pasado aún cuenta con guarnición militar, dirigen sus pasos un buen número de extranjeros, para observar sus restos y para disfrutar de la magnífica vista que desde esa privilegiada atalaya se tiene de Málaga y sus alrededores. Por lo que respecta a los restos del castillo, pocos son los que se conservan: básicamente las murallas con sus torreones. De ahí que, como apenas hay cosas que describir, la mayoría aproveche el párrafo destinado a Gibralfaro para informar al lector sobre determinados aspectos de la Málaga musulmana, o para incluir otras digresiones referentes a fortificaciones o arqueología. No es este el caso del americano Robert Semple, quien en *A second journey in Spain in the Spring of 1809* (Londres, 1809) ofrece al lector una información sintética del castillo y de su historia:

Al este, los montes son bastante abruptos, pero no elevados; y en la cima de uno de ellos, justamente sobre la ciudad, se encuentra un viejo castillo árabe, unido por medio de un doble muro a las ruinas de otro castillo que hay más abajo. En estas ruinas quedan huellas claras de arte romano. Antiguamente hubo un faro, que también se supone que construyeron los romanos, en lo alto de la colina, por cuya razón los árabes la llamaron “Gibralfaro” o “Colina del Faro”. Sin embargo, posteriormente este edificio fue destruido para levantar el castillo actual⁷.

Varias cosas nos interesa resaltar de este texto. En primer lugar, la etimología de Gibralfaro, el *Yabal Faruh* musulmán. El significado que indica Semple es el que transmiten autores como Medina Conde, según el cual la palabra procede de la síntesis del término árabe *Gibel* (=monte; en realidad es un vocablo semita) y del griego *Pharos*, debido a la existencia desde la Antigüedad de una linterna para guiar a los navegantes, como también recoge el extranjero⁸. Ésto

7. En MAJADA NEILA, J.: *Viajeros románticos en Málaga*. Salamanca 1986, 26.

8. GARCÍA DE LA LEÑA, C.: *Conversaciones Históricas Malagueñas*. Málaga 1981 (1790), T. II, 159-60. Ya desde el siglo XVII así lo interpretaban lingüistas como Bernardo de Alderete o Sebastián de Covarrubias. CALERO SECALL, M^a.I. y MARTÍNEZ ENAMORADO, V.: *Málaga, ciudad de Al-Andalus*. Málaga 1995, 375. Más adelante, Ford también incluirá esta explicación en su *Handbook*. FORD. *op. cit.* 80. No obstante, se trata tan sólo de la más antigua de las varias interpretaciones existentes sobre el origen del topónimo. Para Manuel Laza, el término es de origen semita: *Guebel Habir* o *Gebelario*, “Monte de la Ciudad”; de ahí el nombre con el que aparece en algunas fuentes árabes: “Castillo de Airós”. Sin embargo, Calero y Martínez rechazan esta propuesta, y consideran que en absoluto deben identificarse Gibralfaro y Airós, sino que se trata de dos fortificaciones diferentes;

enlaza con la referencia a los orígenes de la ocupación histórica de Gibralfaro. Si bien el *hisn* que hoy conocemos es obra nazarí construida en el reinado de Yusuf I⁹ –aunque el lugar ya era utilizado por los musulmanes desde hacía tiempo–, es cierto que en la zona se han encontrado restos romanos, e incluso algunos autores se remontan a la época púnica, griega y hasta ibera para situar los comienzos de aquel primitivo faro, antecedente de la fortaleza. Por último, Semple alude a la conexión existente entre Gibralfaro y la Alcazaba: la llamada “Coracha Terrestre,” un amplio pasillo protegido por murallas que salva el desnivel entre ambas fortalezas y que fue construido en el siglo XIV, en época nazarí¹⁰.

En cambio, William Jacob es uno de los autores que más digresiones incluye en su libro *Travels in the South of Spain in letters written A.D. 1809 and 1810* (Londres, 1811) a propósito de Gibralfaro:

Hay un antiguo castillo, bien conservado, construido por los moros, que se denomina Gibralfaro y está situado sobre una parte de la colina que domina a la ciudad. De las muchas inscripciones romanas encontradas allí, especialmente por nuestro compatriota Carter, se desprende que esta fortaleza fue originariamente un templo y un fuerte romanos, ya que la construcción delata, en algunas partes, vestigios de la labor de aquel pueblo; pero toda la superestructura es puramente arábiga. Las entradas están protegidas de la misma forma en que generalmente lo están las de las fortalezas moras; sobre cada puerta hay una especie de torre cuya parte baja se asienta sobre el techo de la entrada y cuya parte más alta termina en el parapeto; a través de estas torres los cercados podían disparar flechas sobre las cabezas de los asaltantes, quedando ellos mismos a salvo de sus ataques. El arte moderno de la fortificación, si se aplicara a este castillo, lo haría inexpugnable; y como domina la ciudad, sería de la mayor importancia militar¹¹.

Jacob incide también en los orígenes de la fortaleza, si bien sus datos no son demasiado fiables. Puede que, como afirma, en la cima existiera algún tipo de fortificación romana. Sin embargo, la presencia también de un templo es una hipótesis más que peregrina. Lo que sí está claro es que, desde la Antigüedad, el monte Gibralfaro y, sobre todo, la colina de la Alcazaba, constituyeron el núcleo defensivo primigenio a partir del cual la ciudad fue expandiéndose hacia el Oeste. Por otra parte, la importancia que Jacob concede al uso militar del recinto, valorando su magnífica situación estratégica, es resultado de la coyuntura bélica bajo la que son escritas sus palabras. De hecho, en febrero de 1810, al mes de su visita a Málaga, la ciudad será ocupada por las tropas francesas.

En cuanto a la vista panorámica que se goza desde el recinto, los extranjeros coinciden en admitir que sólo por ella merece la pena realizar la ascensión, una larga caminata que es la

respecto al misterioso castillo de Airós, plantean la hipótesis de su posible ubicación en el cerro de San Antón. CALERO SECALL y MARTÍNEZ ENAMORADO. *op. cit.* 376 y 394. En cambio, para Fermín Requena el término Gibralfaro procede del árabe, y significaría “Monte Valiente”. CAMACHO MARTÍNEZ, R. (Dr.): *Guía Histórico-Artística de Málaga*. Málaga 1992, 68-9.

9. CALERO SECALL y MARTÍNEZ ENAMORADO: *op. cit.* 378.

10. *Ibidem.* 315.

11. En CANALES, A.: “La Málaga de William Jacob”, *Jábega* 52, 1986, 67.

principal responsable de que no todos lleguen a conocer Gibralfaro (además, no debemos olvidar que el frondoso pinar que hoy día cubre el monte data sólo de nuestro siglo). Pero, pese a este esfuerzo suplementario, el castillo se convierte en uno de los principales atractivos que ofrece Málaga al turista. E incluso algunos extranjeros lamentan no haber podido conocerlo. Es este el caso de Francesco Varvaro Pojero, quien en *A traverso la Spagna* (Milán, 1882) culpa de ello al sistema español de telégrafos:

Una soberbia vista se puede contemplar desde Gibralfaro, el “Monte del Faro”. Me recomendaron subir, tanto para gozar del panorama como para visitar la “Alcazaba”, un castillo de origen moro, pero no tuve tiempo. Lo habría tenido si no hubiera perdido más de media hora en poner un telegrama¹².

En la difusión de la relativa fama de Gibralfaro tienen un importante papel, más que los malagueños (que al igual que comentaba Ford de los granadinos, no valoran lo que tienen en su ciudad), los propios autores de crónicas de viajes. La mayor parte de los que suben describen en sus obras la Málaga que ante sus pies aparece, y autores como Haverty llegan a afirmar que la vista que desde el monte se domina “es una de las más hermosas que podemos imaginar”¹³ [1]. Es precisamente en estas páginas donde mejor despliegan sus dotes de paisajistas, sus recursos estilísticos románticos, su vena poética. Y algunos se nos muestran como buenos escritores que saben transmitir al lector la autenticidad de lo que ven y de lo que sienten. Eso es lo que hace, por ejemplo, George Dennis, quien en *A Summer in Andalusia* (Londres, 1839) describe con minuciosidad y elegancia lo que contempló una mañana de verano al alcanzar la cima de Gibralfaro. Aparte del soberbio paisaje natural y urbano (pese a algunas zonas poco agradables), lo que más le llama la atención a este inglés acostumbrado a la industriosa actividad de su país, es la quietud de una ciudad que empieza a despertarse con la característica pereza estival del Sur:

La doble fila de murallas dirige nuestra mirada hacia el oeste, donde se encuentra el castillo inferior (Alcazaba), cuyas torres oscuras, macizas y desgastadas por el paso del tiempo, se alzan contrastando con los ligeros y modernos edificios de la ciudad que yace a sus pies. La mole cuadrada de la catedral coronada por su alta torre, la gigantesca y cercana fábrica de tabaco, las torres y campanarios de otras iglesias y conventos, mezclándose con los miradores blancos, la Alameda con sus edificios regulares e hileras de árboles florecientes, las filas de almacenes recién pintados junto a la orilla del mar, los espigones que penetran en éste y, en el otro lado de la ciudad, el aire enrarecido y fétido que se desprende de las viviendas, todos estos son los rasgos distintivos de Málaga según la vemos desde esta altura. (...) La ladera sur de la colina del castillo es muy escarpada y empinada, apenas cubierta de arbustos y sotobosques. Al pie de la misma, el largo malecón con el faro al fondo penetra en el mar, que se extiende hasta el horizonte con un color azul, muy pálido, salpicado aquí y allá, en su serena superficie, por una vela blanca que brilla como la nieve. Hacia el este, la vista queda cortada por las torres amarillentas de Gibralfaro y el violento perfil de la pendiente escarpada. (...)

12. En MAJADA NEILA. *op. cit.* 195.

13. *Wanderings in Spain in 1843* (Londres, 1844). En KRAUEL, B.: *Viajeros británicos en Málaga (1760-1855)*. Málaga 1988, 19.

¡Qué distinta es esta escena de la que ofrece cualquier puerto marítimo inglés! Ni un solo anillo de humo sale de las casas; incluso la fundición se encuentra parada. Ni siquiera llega el ruido de los carros y carruajes ni el murmullo de las gentes trajinando, el cual nos dice que el mundo se ha despertado de su sueño y se enfrenta alegremente al nuevo día. La campana de una iglesia llamando a la primera misa, el martillo de una barca resonando entre las rocas que hay a mis pies y el *jarre!* de un mulero, desde la calle de abajo, son los únicos sonidos que de vez en cuando rompen el profundo silencio o, más bien, el dulce y gentil murmullo del mar en verano, las pausas musicales del oleaje¹⁴.

Hay otros autores aún más henchidos de romanticismo que prefieren, antes que limitarse a describir lo que ven, plasmar lo que sienten ante esa vista, incluso ayudados si hace falta por un toque de imaginación. Es el caso del Marqués de Custine, quien en *L'Espagne sous Ferdinand VII* (París, 1839) y tras advertir cierto parecido entre la bahía malagueña y el golfo de Nápoles (Ponz ya había establecido antes esta comparación¹⁵), ofrece una magnífica estampa nocturna de Málaga desde aquella cumbre, no por cargada de tópicos menos valiosa:

Hay que subir al viejo castillo de Málaga. Desde esta altura se contempla una amplia vista, sobre un mar de una luz y una alegría maravillosa, por la multitud de velas de un blanco resplandeciente que se destacan sobre el fondo azul; pero las tierras que rodean el mar son de una magnífica desnudez; ni un solo árbol, pocas casas, grandes líneas de costa bordeadas de espuma, inmensos horizontes y montañas. Es el agua del golfo de Nápoles, más brillante todavía, aprisionada en un desierto; playas estériles, rocas ásperas, oscuras, desnudas, cenizas, incesantemente golpeadas por no sé qué sopro africano que calcina y colorea todo. (...)

Al anochecer, desde lo alto de la montaña, bajo la puerta de la ciudadela, contemplé la luna a través de los mástiles de los barcos que llegaban al puerto de Málaga. Su color era de un rojo oscuro; los vapores que dilataban el disco encendido se levantaban en el cielo como nubes de humo por encima de una luminosa hoguera; los navíos con sus jarcias y arboladura, semejantes a grandes troncos con las ramas deshojadas, destacaban su negrura sobre el fondo brillante; parecían hogueras de fiesta en medio de un bosque.

Cantares lejanos alegraban la oscuridad, y el gemido de las guitarras subía de todas partes en esta ciudad despierta para la diversión y aletargada para los negocios. (...)

Lo digo una vez más para que lo crea: llegado el verano, es la noche lo que hay que conocer en Andalucía¹⁶.

Una descripción poética de gran belleza es también la aportada por el ruso Vasili Petrovich Botkin, cuyos valores serían evidentemente mayores de no inspirarse tanto en las palabras de Custine, un defecto que es, como ya vimos en otro artículo, una constante en sus *Cartas desde España* (1857):

De la vieja fortificación árabe, sobre la montaña que domina la ciudad, no quedan más que muros ruinosos; en la cima, la vista se extiende sobre un mar inmenso, azul y centelleante, sembra-

14. En *Ibidem*. 20-2.

15. PONZ, A.: *Viage de España*. Madrid 1972 (1794), T. XVIII, 169.

16. En MAJADA NEILA. *op. cit.* 62-3.

do de una multitud de velas cuya blancura se destaca vivamente del fondo de zafiro del cielo y del mar. Pero las montañas que rodean este espléndido mar impresionan por su absoluta desnudez; a la orilla no hay ni árboles, ni casas, ni vegetación; se ven solamente a lo lejos perfiles de montañas desnudas, rocas abruptas, siniestras, que portan la huella africana del desierto y del calor abrasador. Tal es el aspecto de esta tierra famosa por su vino y por la tibia dulzura de su atmósfera, y es tal la transparencia de su aire que, desde la antigua fortaleza árabe, sobre todo cuando el sol vespertino ilumina el horizonte hacia el sur, se perciben con claridad las rocas rojizas de Gibl-al-Kebir en África (...)»¹⁷.

Otros viajeros, aparte de admirar el panorama y meditar entre las ruinas, llegan incluso a vivir experiencias peligrosas que más tarde, al recordarlas imbuidos de espíritu romántico, convierten en auténticas sensaciones sublimes. El caso más famoso es el de Henry David Inglis, para quien el destino convirtió un tranquilo paseo por Gibralfaro en una aventura intensa que alteró su flema y que pudo tener un trágico final. Pese a su extensión, no nos resistimos a reproducir íntegramente este fragmento de *Spain in 1830* (Londres, 1831), pues, sabiamente narrado mediante recursos de la novela de misterio, constituye un magnífico exponente de romanticismo:

Mientras estuve en Málaga hice una corta visita a las ruinas del castillo. Las ruinas de las fortificaciones árabes son de una extraordinaria extensión; van desde la ciudad hasta la cima de la colina que la flanquea por el este; una extensión no mucho menor de una milla; y deseoso de ver bien las ruinas y de disfrutar desde las alturas, dediqué una tarde a este paseo. A la vez que ascendía, algunas grietas de las ruinas me permitían descubrir encantadoras vistas de la ciudad, el mar y las montañas; y en un lugar, en el que una medio derrumbada escalera de caracol conduce a lo alto de una torre redonda cuyas ruinas flanquean la pared, toda la magnificencia del panorama irrumpió en mí: la ciudad, bañada por el Mediterráneo; la fértil llanura al norte de Málaga, cubierta de jardines y naranjos y salpicada de pueblos y conventos; y la cadena de magníficas y curiosamente quebradas montañas que rodean la pequeña llanura. El emplazamiento de Málaga nada deja que desear. No había subido todavía la mitad del camino, y a medida que ascendía, más extensas se hacían las ruinas; la parte inferior estaba ocupada por fortificaciones, y la superior por los restos de un castillo. Cuando acababa de salir de la torre, pasé junto a tres hombres con aspecto de rufianes que jugaban a las cartas sentados junto a la pared. Quizá la prudencia debiera haberme aconsejado regresar, pero un inglés no se autoconvence fácilmente de la posibilidad de violencia a la luz del día, y puesto que el sol estaba en el horizonte, continué mi camino. Más arriba me encontré totalmente cercado por las ruinas, y habiendo llegado tan lejos y estando en la creencia de que no estaría a gran distancia de la cima, resolví no regresar por el mismo camino, sino buscar otro que pudiera llevarme al otro lado de la colina, bien hacia el mar o bien hacia la parte trasera de la ciudad. Continué, por tanto, mi camino por entre las ruinas. Había llegado a un lugar muy solitario, totalmente rodeado de espesos muros, cuando al pasar a diez o doce yardas de un pórtico bajo, de apenas dos pies sobre el suelo, volví la vista por casualidad en esa dirección y quedé sorprendido al ver la sombría expresión de dos hombres que me observaban desde la entrada del pórtico, con sus cuerpos ocultos por la penumbra del interior. Todo lo que yo sabía y había oído de las clases bajas de Málaga vino de repente a mi mente, sentí el peligro de la situación y, alejándome unos

17. En *Ibidem*. 118-9.

cuantos pasos hasta que unos restos de ruinas se interpusieron afortunadamente entre el pórtico y yo, salté hacia adelante con rapidez; pero no antes de que una furtiva mirada me hubiese mostrado la figura de un hombre que se encontraba ya a medio camino entre el pórtico y yo, y a otro a punto de salir de su escondite. No tengo la menor duda de que si estos hombres hubiesen sido conscientes de mi proximidad, o si, con la prisa del momento hubiera equivocado mi camino entre las ruinas, o no hubiera encontrado una salida, nunca habría regresado para escribir este volumen; afortunadamente, sin embargo, no había corrido más de veinte yardas, cuando un portillo en el muro me permitió ver el campo abierto, y en un segundo lo había cruzado y había ido a parar a un pequeño olivar. Bajé la colina hacia la ciudad tan rápidamente como pude, y cuando relaté lo que me había ocurrido, me dijeron que había cometido una imprudencia a la que nadie que conozca Málaga se habría aventurado; que el robo y también el asesinato se habían perpetrado en esas ruinas, y que únicamente escapé gracias al afortunado accidente de encontrar una salida rápida¹⁸.

La aventura de Inglis puede considerarse un perfecto prototipo de la sublimidad romántica sistematizada por Burke, a la vez que le sirve para conocer directamente al *lumpen* malagueño, de tan mala fama fuera de nuestra ciudad. Blanca Krauel duda de su veracidad, considerando que este relato es ante todo fruto de la imaginación calenturienta de su autor¹⁹. Existe esta posibilidad, pues tal estado de ánimo aventurero era algo común a los viajeros que llegaban a España. De hecho, la mayor parte de los que recorrían los caminos andaluces esperaban con ansiedad ser asaltados por algún bandolero, a ser posible por José María “El Tempranillo”, de igual modo que muchos turistas de hoy en día acuden a Transilvania con la esperanza de encontrarse de noche cara a cara con un vampiro, a ser posible con el Conde Drácula. Sin embargo, creemos que la aventura de Inglis pudo ser cierta, si bien es verdad que con toda probabilidad exagerando algunos elementos para incrementar la sensación de peligrosidad.

Sin llegar a ser tan terrible, la experiencia de George Dennis es aún mejor exponente de esa categoría estética, pues sube a Gibralfaro pese a haber leído el testimonio de Inglis. O precisamente por eso. De ahí que, aparte del disfrute espiritual producido por la visión de las ruinas y del paisaje, se añada a su relato la constante amenaza en la sombra que constituye el posible e ignorado acecho de bandidos. Dennis emprende el camino con más ansiedad que la demostrada por Inglis, que desconocía el peligro. De esta manera, las ruinas del castillo se convierten en un escenario digno de la más terrorífica novela gótica, y Gibralfaro en una especie de *Otranto* moruno:

El silencio, la soledad, la desolación, todo esto provocaba melancolía en mi ánimo cuando paseaba solo entre las ruinas, pues, aunque la aventura de Inglis en este castillo andaba fresca en mi memoria, me arriesgué a explorarlo en solitario²⁰.

En realidad, en estos últimos párrafos apenas se ha hablado de arquitectura. Pero no por ese motivo es menos válida la visión que de Gibralfaro ofrecen los extranjeros. Aparte de su funcionalidad,

18. En *Ibidem*. 41-3.

19. KRAUEL. *op. cit.* 87.

20. En *Ibidem*. 33.

un edificio también debe producir emociones en el espectador, debe ser *sentido* por éste. Y precisamente lo que hacen nuestros viajeros es sentir la presencia de esas ruinas. La visita al castillo es por tanto, y pese a estar cargada de tópicos románticos, sumamente enriquecedora para su espíritu.

Alcazaba.

La Alcazaba, en cambio, no despierta tanto interés en los extranjeros. Como apunta Krauel Heredia, esta falta de atención es en gran medida resultado del pésimo estado en que permanece dicha fortaleza palacial musulmana durante el siglo XIX²¹. De hecho, su interior, que mantuvo una guarnición militar hasta mediados de siglo, se encontraba ocupado por multitud de casas populares construidas a partir del XVIII y que configuraban un auténtico barrio marginal²². Las murallas, que también estaban muy deterioradas –como más arriba indicaba Dennis– y a las que se adosaban viviendas, quedaban de esta forma completamente descontextualizadas: pocos viajeros sabían en realidad lo que habían sido varios siglos atrás (tampoco demasiados malagueños conocían con precisión su pasado). Así, de los veintiocho viajeros cuyos testimonios hemos consultado, tan sólo seis hablan de la Alcazaba, y apenas le dedican algo más que un corto párrafo. Por ejemplo, Augustus John Cuthbert Hare, en su crónica *Wanderings in Spain* (Londres, 1873), se refiere a ella como si se tratase del barrio islámico de Málaga, cuando en realidad sus casas apenas tenían más de un siglo:

(...) barrio moro de la ciudad que se extiende ladera arriba por un cerro cubierto de chumberas y coronado por el castillo árabe de Gibralfaro²³.

Este texto es un buen exponente de lo que venimos diciendo, pues si la Alcazaba se presenta a los ojos foráneos como una construcción ambigua y oscura, nadie duda de la condición militar de Gibralfaro. Se llega incluso a dar el caso de William Jacob, quien cree que aquella ha sido derribada en su mayor parte y sustituida por la nueva Aduana:

El palacio árabe, o Alcazaba, se asentaba cerca de la playa, pero ha sido destruido en parte para hacer sitio a una moderna construcción que ahora está casi terminada; (...)²⁴.

Existe en las palabras de Jacob un fondo de verdad que pudo llevarle a la confusión, ya que para iniciar la construcción de la Aduana fueron derribados lienzos y torreones del recinto exterior de la Haza Baja de la Alcazaba, como informa Medina Conde²⁵. Y si bien el viajero

21. *Ibidem.* 31.

22. De la Alcazaba dice Guillén Robles en 1880 “que va perdiendo por completo su carácter y transformándose en un pintoresco barrio, que oculta en parte tras de sus casas los viejos y carcomidos murallones o transforma en viviendas las torres que la defendían”. GUILLÉN ROBLES, F.: *Málaga musulmana*. Málaga 1957, 316.

23. En BERNAL RODRÍGUEZ, M.: *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. Sevilla 1985, 196.

24. En CANALES. *art. cit.* 67.

25. GARCÍA DE LA LEÑA: *op. cit.* T. II, 3. Con las obras de cimentación aparecieron numerosos restos arqueológicos clásicos y medievales.

inglés exagera el alcance de esas destrucciones, realmente su texto constituye todo un síntoma del lamentable estado ruinoso y casi irreconocible en que se hallaba el conjunto árabe. Por otra parte, hasta la concienciación patrimonial de nuestro siglo, las autoridades se habían desentendido por completo de su mantenimiento, lo que repercutía cada vez más en su decadencia. Incluso los nuevos esquemas del urbanismo burgués decimonónico estuvieron a punto de intervenir en la Alcazaba, pues existieron en el siglo pasado varios proyectos para su derribo y urbanización (mediante cuarteles, jardines y un barrio ortogonal), ideas que afortunadamente no pasaron del papel²⁶.

Pero sí hay unos pocos viajeros que registran con veracidad el glorioso pasado y la triste situación contemporánea de la Alcazaba. Por ejemplo, Botkin, quien acierta al relacionarla con los reyes granadinos al describir su decadencia:

La Alcazaba, parte más antigua de la ciudad, donde viven ahora los menesterosos, ha conservado toda su muralla árabe. Era en otro tiempo una fortaleza perteneciente a los reyes de Granada. Una bella puerta se abre sobre la Alcazaba, pero en el interior se levantan miserables cabañas, y entre las troneras de sus muros en ruinas crecen chumberas y cactus fantásticos²⁷.

Los restos más antiguos que se conservan de esta fortaleza que integra en su interior un pequeño palacio, pertenecen al siglo XI y a la dinastía hammudí. Sin embargo Badis ibn Habus, el monarca zirí de Granada que conquistó la Taifa malagueña en 1057, llevó a cabo una importante intervención en el recinto. Posteriormente, bajo el dominio nazarí, el conjunto sufriría una decisiva restauración en su totalidad²⁸.

Richard Ford nos ofrece un interesante párrafo sobre la Alcazaba, aprovechando también la ocasión para introducir una de esas digresiones tan habituales a lo largo de su libro:

Visítese el noble castillo moro, construido en 1279 y en otros tiempos palacio y fortaleza. La parte baja se llama la Alcazaba, *Al Kassabab*, o sea el corazón, el centro. Está comunicada con la torre de arriba, el Gibal Faro, la "Colina de los Faros". Obsérvese una bella entrada mora en forma de herradura, incongruentemente adornada con antiguas columnas romanas e imágenes católicas modernas. El vulgo relaciona *La Puerta de la Cava* con *La Cava*, la hija del conde Julián, cuya violación por don Rodrigo introdujo a los moros en España. Ahora bien, es curioso que una puerta mora se llamase así *antes* de que llegaran allí los moros²⁹.

Resulta en primer lugar interesante la unidad que establece entre la Alcazaba y Gibralfaro, considerándolos partes de un mismo "castillo moro". En segundo lugar, la cronología que

26. MORALES FOLGUERA, J.M.: *Málaga en el siglo XIX*. Málaga 1982, 111-25 y RUIZ GARRIDO, B.: "Imágenes reales y utópicas de la Alcazaba y Gibralfaro de Málaga. El proyecto de embellecimiento del arquitecto L.R. Santa Cruz", *Boletín de Arte* 17, 1996, 367-77.

27. En MAJADA NEILA: *op. cit.* 118.

28. ACIÉN ALMANSA, M.: "Málaga Musulmana (siglos VIII-XIII)", en A.A.V.V.: *Historia de Málaga*. Málaga 1994, T. I, 227. Las principales actuaciones nazaríes tuvieron lugar en los siglos XIII (finales) y XIV. CALERO SECALL y MARTÍNEZ ENAMORADO. *op. cit.* 323-4.

29. FORD. *op. cit.* 80.

aporta atrasa en más de dos siglos el inicio de su construcción, ya que 1279 es la fecha suministrada por Medina Conde (quien a su vez sigue a Garibay) como la de los comienzos de la gran reforma nazarí³⁰. Respecto a la etimología de *alcazaba* (*qasba*), es bien sabido que significa “ciudadela”, “fortificación en el interior de una ciudad”; de ahí probablemente esa traducción por “corazón” o “centro”. Por otra parte, esa portada de herradura con elementos clásicos y cristianos debe tratarse de la Puerta de las Columnas, para la que se aprovecharon fustes y capiteles romanos. Finalmente, Ford explica la denominación de la Puerta de la Cava haciendo referencia a la famosa leyenda medieval de la violación por don Rodrigo de la hija del conde don Julián, hecho que fue el supuesto desencadenante de la invasión de las tropas de Muza, a instancias de aquel noble beréber de Ceuta. Pero en realidad, su nombre procede de la corrupción popular de *Alcazaba* o *Alacaba*, que significa, según Medina Conde, “Puerta de la Cuesta”³¹. Actualmente, algunos investigadores identifican esta *Bab al-Aqaba* con la *Bab al-Qasba*, la “Puerta de la Alcazaba”³². Dicha entrada, demolida en el XVIII, comunicaba el recinto con el muelle y la ciudad, abriéndose hacia el suroeste en la muralla de la Haza Baja, en terrenos luego ocupados por la Aduana. En suma, la interpretación de un simple elemento arquitectónico es utilizado por Ford como pretexto para iniciar un largo discurso sobre ciertos aspectos del catolicismo, el fin de la dominación visigoda en España y el comienzo de la islámica, que no hemos estimado necesario reproducir.

Es sin duda George Dennis el extranjero que más se detiene en la descripción del monumento:

A la Alcazaba, que se prolonga hasta la ciudad, se entra por una puerta con arco de herradura que hay en una torre. Esta, al igual que la mayoría de las entradas árabes, no se abre en línea recta sino que hace varias curvas dentro de la torre. Un pasillo estrecho y sinuoso conduce a la parte alta a través de numerosas puertas y torres, hasta que encontramos una gran explanada o patio, rodeado por una antigua muralla, con pequeñas torrecillas derrocadas a intervalos y una de mayor tamaño en la parte más alta, la cual formaba parte originariamente del palacio árabe³³.

Este texto nos indica que Dennis es probablemente uno de los pocos que recorre casi en su totalidad el recinto, ya que describe con gran detalle la estructura laberíntica de sus defensas, con los numeros pasillos y puertas en recodo. Así, esa “gran explanada o patio” a la que hace alusión es sin duda la llamada Plaza de Armas, mientras que la torre que domina el conjunto y en la que se encuentra el antiguo palacio, puede tratarse de la Puerta de los Arcos.

30. GARCÍA DE LA LEÑA: *op. cit.* T. II, 171. En 1279 la Alcazaba había sido recuperada por los nazaríes tras la breve ocupación meriní iniciada el año anterior. CALERO SECALL y MARTÍNEZ ENAMORADO. *op. cit.* 361-2.

31. GARCÍA DE LA LEÑA: *op. cit.* T. II, 169.

32. En los repartimientos es denominada “Puerta de la Ciudad”. CALERO SECALL y MARTÍNEZ ENAMORADO. *op. cit.* 147.

33. En KRAUEL. *op. cit.* 33-4.

Atarazanas.

Por último, existe otro monumento de origen musulmán que llama la atención de determinados viajeros: las Atarazanas. De este viejo arsenal naviero, convertido en el XVIII en cuartel, almacén y hospital militar, quedaban en la primera mitad del siglo XIX sus muros perimetrales y, sobre todo, su grandioso arco de ingreso, de herradura y con escudos nazaríes [2]. Es precisamente este elemento el admirado por visitantes como Jacob o Custine. El primero nos dice:

Hay otro edificio moro cuya parte externa se conserva muy bien: antiguamente sirvió como atarazana para guardar las galeras, pero ahora está convertido en almacén³⁴.

Hans Christian Andersen, en su libro *I Spanien* (Copenhague, 1863), cree que la portada de las Atarazanas era una de las antiguas de acceso a la ciudad. Su error no es grave, ya que los muros del arsenal estaban totalmente integrados en la muralla que protegía Málaga por el suroeste:

En tiempos de los moros el mar llegaba hasta las murallas de Málaga. Hoy sólo queda un trozo de ellas junto a la Alameda. El arco de la puerta, en forma de herradura, nos hace suponer de inmediato que era una de las entradas a la ciudad, así como cuándo y por qué pueblo fue construido³⁵.

Pero sin duda, la más jugosa referencia a las Atarazanas es la incluida por el incisivo Richard Ford en su *Handbook*:

La *Atarazana* o astillero moro es todavía arsenal, de nombre aunque no de hecho. Un bello arco de mármol en forma de herradura sigue en pie; ha sido desfigurado por un miserable cobertizo y escapó por los mismísimos pelos al hado de ser demolido en 1833; el español que tiene un puesto de autoridad siente poco interés por el arte moro, que considera como resto de un bárbaro infiel e invasor; le irrita la admiración que inspira a los extranjeros, porque implica una cierta inferioridad en él. Incluso Ponz (viii, 220), que era persona de gusto y aficionada a las antigüedades, recomendaba “embellecer y reparar” Málaga quitando “*todas las fealdades que tienen resabios de los moros*”. Quería poner en su lugar lo académico y lo trillado³⁶.

Ford no duda en criticar la actitud de las autoridades españolas en materia de patrimonio. De hecho, pone el dedo en la llaga al considerar que en el respeto por el arte musulmán los europeos llevaban la delantera a los propios hispanos, que consideraban un esnobismo la atracción que despertaba en aquellos. Si bien la élite intelectual y artística de nuestro país ya valoraba en aquellos momentos los restos del pasado islámico –en realidad, la actitud intransi-

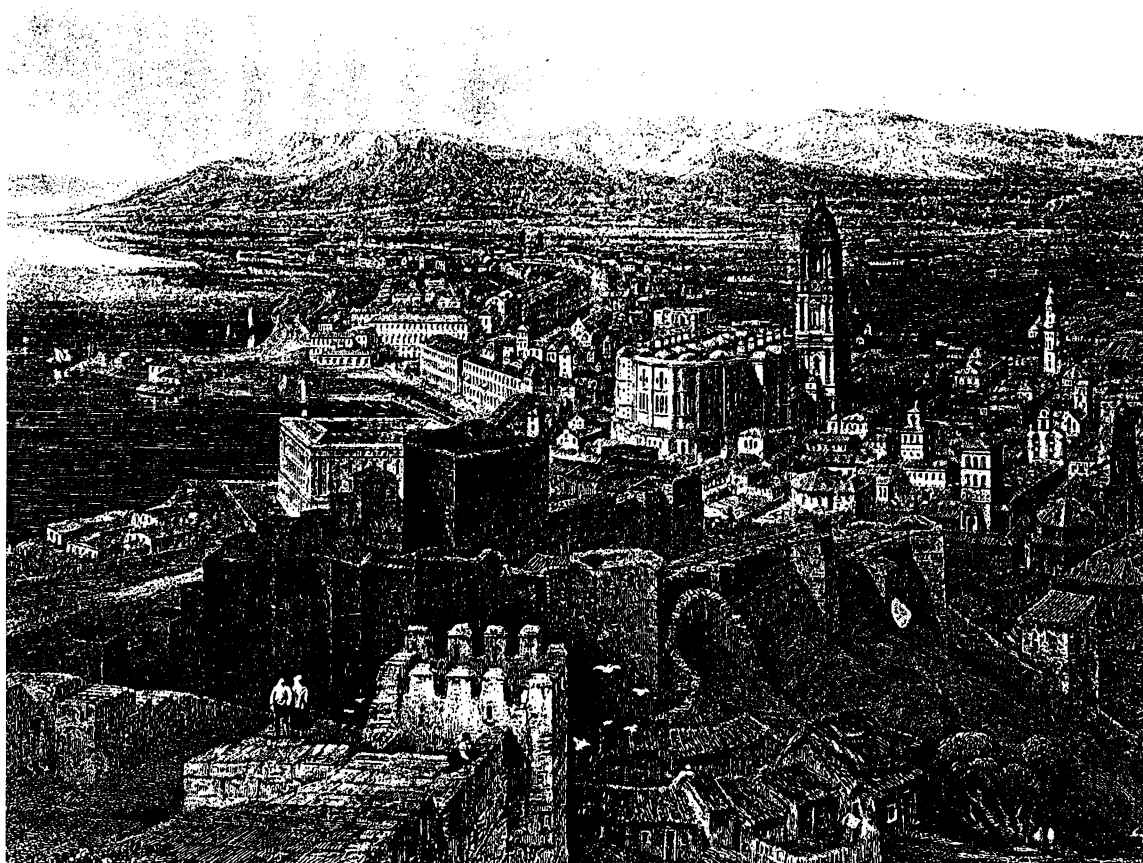
34. En CANALES. *art. cit.* 67.

35. En MAJADA NEILA. *op. cit.* 136-7.

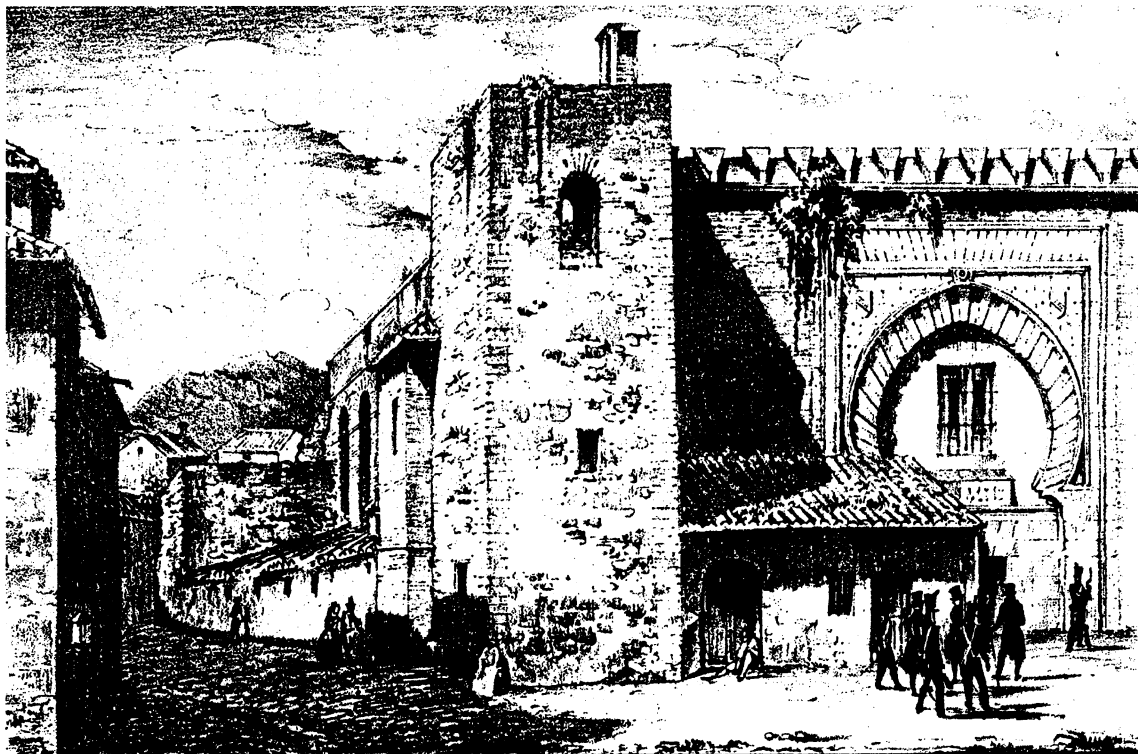
36. FORD. *op. cit.* 81-2.

gente de Ponz ya estaba más que superada–, aún este interés no se había convertido en un fenómeno mayoritario, que implicara la conservación de los monumentos por parte de los políticos. El estado ruinoso de Gibralfaro, la Alcazaba y las Atarazanas era la mejor muestra de esa triste realidad. En 1870 el antiguo astillero musulmán fue derribado y sustituido por el mercado de Alfonso XII, según proyecto de Joaquín Rucoba. Pero, al menos, y gracias a la intercesión de la Academia de San Telmo, se conservó la portada³⁷. Ésto ya suponía un paso adelante.

37. CAMACHO MARTÍNEZ (Dr.): *op. cit.* 254.



1. David Roberts: Málaga desde Gibralfaro.



2. Las Atarazanas. Grabado de *El Guadalhorce* (1839).